

ROSALERA

TADE THOMPSON

Traducción de Raúl García Campos

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Rosewater*

Publicado por primera vez en inglés por Apex Publications en USA en 2016.
Publicado por Orbit, parte de Little, Brown Book Group (Londres) en 2018.
Esta edición se publica por acuerdo con Little, Brown Book Group.

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2016 Tade Thompson
© de la traducción: Raúl García Campos, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-405-4
Depósito legal: M. 276-2019
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Hope Thompson

Capítulo 1

Rosalera: Día de Apertura, 2066

Ahora

Apenas llevo cuarenta minutos trabajando en el Banco Integridad cuando empiezo a angustiarme. Por lo general, así es como empieza el día para mí. Esta vez se debe a una boda y a un examen final, aunque no soy yo quien se casa ni quien se examina. Desde la silla que ocupó junto a la ventana veo la ciudad, sin llegar a oír su murmullo. Tan por encima de Rosalera todo parece estar en orden. Los edificios, las carreteras, las calles, el tráfico que circula con pereza en torno a la bóveda. Incluso alcanzo a ver la catedral. La ventana queda a mi izquierda, y me encuentro en uno de los extremos de una mesa ovalada junto con otros cuatro contratistas. Estamos en la planta quince, la más alta. En el techo hay un tragaluz abierto, de un metro cuadrado, y solo una rejilla de seguridad nos separa del cielo matutino. Una sábana azul, salpicada por alguna que otra nube blanca. El sol aún no llamea con todas sus fuerzas, pero lo hará más tarde. El aire acondicionado de la sala está en funcionamiento, aunque el tragaluz permanezca abierto, un desperdicio de energía que todas las semanas le vale una multa al Banco Integridad. Están dispuestos a asumir el gasto.

Bola, sentada a mi derecha, bosteza. Está embarazada y últimamente se cansa enseguida. Además, come mucho, pero supongo que es comprensible. Hace dos años que la conozco, y en ambos ha estado encinta. No termino de entender el asunto de la preñez. Soy hijo único y crecí sin la compañía de una mascota y lejos de

cualquier tipo de ganado. Recibí una educación peripatética; nunca sentí especial interés por la biología, excepto por la rama de la microbiología, la cual habría de dominar más adelante.

Procuro tranquilizarme y concentrarme en los clientes del banco. La ansiedad por la boda resurge.

El centro de la mesa lo ocupa un teleapuntador holográfico. Ahora mismo solo recoge un remolino de luces aleatorias, pero dentro de unos minutos empezará a proyectar un texto. En la sala contigua a la nuestra el turno de noche toca a su fin.

—Tengo entendido que anoche leyeron a Dumas —dice Bola.

Solo intenta iniciar una conversación. Lo que lean los del otro turno es irrelevante. Sonríe sin responderle.

La boda que siento se celebrará dentro de tres meses. La novia ha ganado unos kilos y no tiene claro si debería arreglar el vestido o someterse a una liposucción. Bola se pone más guapa cuando está embarazada.

—Sesenta segundos —anuncia la megafonía.

Tomo un trago de agua del vaso que tengo en la mesa. Los otros contratistas son nuevos. No visten un atuendo formal, al contrario que Bola y yo. Van en camiseta de tirantes o de manga corta, y lucen complementos de metal en el pelo. Llevan implantes telefónicos.

Odio los implantes, sean del tipo que sean. Yo también llevo uno. Un localizador normal, sin añadidos. Es bastante aburrido, la verdad, pero en el trabajo se exige su utilización.

La ansiedad por el examen se disipa sin que me dé tiempo a concretar y explorar el origen. Por mí, bien.

Los trozos de metal que estos jóvenes llevan en el pelo proceden de distintos accidentes de aviación. En Lagos, Abuya, Jos y Kano, así como en todas las regiones intermedias, han caído multitud de aeronaves de todas las rutas nigerianas nacionales desde la primera década del siglo. Emplean fragmentos de fuselaje a modo de amuletos protectores.

Bola me sorprende mirándola y me hace un guiño. Abre su tenempié, unas pocas láminas de *moin-moin*, un tofu naranja sobre un lecho de hojas, a la antigua usanza. Aparto la vista.

—Adelante —indica la megafonía.

El texto de *La república*, de Platón, comienza a deslizarse a un ritmo pausado y constante en una fantasmal representación holográfica por la pantalla cilíndrica. Empiezo a leer, al igual que los demás, unos en silencio y otros en voz alta. Entramos en la xenosfera y levantamos el cortafuegos del banco. Experimento el habitual mareo breve; el texto se arremolina y se vuelve transparente.

Todos los días unos quinientos clientes realizan operaciones financieras en estas oficinas, y todas las noches los empleados hacen negocios alrededor del mundo, por lo que este trabajo dura las veinticuatro horas de la jornada. Los sensibles indomesticados tantean y hacen presión, delincuentes que buscan captar todos los datos personales que puedan. Hablo de fechas de nacimiento, de contraseñas, de apellidos de soltera, de transacciones anteriores, información que permanece almacenada con despreocupación en el prosencéfalo de los clientes, en la memoria operativa, a la espera de ser recolectada por esos sensibles codiciosos, inexpertos y saqueadores.

Los contratistas como yo, Bola Martínez y los chararreados tenemos la preparación necesaria para detenerlos. Y eso es lo que hacemos. Leemos clásicos para inundar la xenosfera de palabras y pensamientos irrelevantes, un cortafuegos de conocimiento que se extiende incluso hasta el subconsciente de los clientes. En cierta ocasión, un profesor elaboró un estudio al respecto. Determinó que existía una correlación entre el material empleado para levantar el cortafuegos y el comportamiento de los clientes durante el resto del año. A alguien que nunca había leído a Shakespeare se le podían ocurrir pasajes de *El rey Lear* de forma espontánea sin motivo aparente.

Podríamos rastrear las intrusiones si quisiéramos, pero no es algo que Integridad considere prioritario. Perseguir los delitos perpetrados en la xenosfera es un proceso complejo y costoso. Si no hay muertes de por medio, a los tribunales no les interesa.

Las colas de los cajeros automáticos, formadas por decenas de personas, cada una con sus inquietudes, sus deseos y sus pasiones. Estoy cansado de usar mi mente para filtrar las vidas de los demás.

Acompañado de Glaucón, el hijo de Aristón, bajé ayer al Pireo con el propósito de orar a la diosa y ganoso al mismo tiempo de ver cómo hacían

la fiesta, puesto que la celebraban por primera vez. Pareciome en verdad hermosa la procesión de los del pueblo, pero no menos lucida la que sacaron los tracios. Después de orar y gozar del espectáculo, emprendimos el regreso a la ciudad.

Al entrar en la xenosfera, se forma la autoimagen. Los toscos sensibles indomesticados se proyectan tal y como son en realidad, pero los profesionales como yo sabemos cómo crear una autoimagen definida y moldeada a nuestra voluntad. La mía es un grifo.

Mi primer ataque del día lo inicia un hombre de mediana edad desde un adosado de Yola. Es espigado y tiene la tez muy negra. Cuando le hago una advertencia, se retira. Un adolescente lo sustituye con tanta inmediatez que sospecho que se encuentran en la misma ubicación física, tal vez una granja de asaltos. A veces las bandas criminales recluyen a los sensibles y los agrupan en “equipos” para formar una especie de centro de llamadas de piratas informáticos.

Ya he visto todas estas cosas. Hoy en día no hay tantos ataques de este tipo como cuando entré en el negocio, y a veces me pregunto si será que nuestra eficiencia disuade a los delincuentes. En cualquier caso, ya estoy aburrido.

Durante la pausa para el almuerzo, uno de los chararreos se acerca y se sienta junto a mí. Empieza a hablarme del trabajo, a contarme que casi se le escapa una intrusión. Tiene veintitantos años y aún le asombra su condición de sensible, aún lo encuentra todo nuevo, reciente e interesante, una visión muy poco cínica, al contrario que la mía.

Debe de estar enamorado. Su autoimagen transmite propinquidad. Es lo bastante bueno para ocultar a la otra persona, pero no lo bastante hábil para disimular esa cercanía. Veo la sombra, el fantasma que lo acompaña. Por respeto, opto por no comentárselo.

Lleva trozos de metal retorcidos en forma de crucifijos y enganchados en la trenza que le nace del pelo corto, la cual baja desde la sien izquierda, se enrosca en torno a su cuello y desaparece por el cuello de la camisa.

—Me llamo Clement —me recuerda—. Me he dado cuenta de que no me llamas por mi nombre.

Tiene razón. Un ejecutivo nos presentó semanas atrás, pero olvidé su nombre al instante y desde entonces he venido sustituyéndolo con pronombres.

—Me llamo...

—Kaaro. Lo sé. Todo el mundo te conoce. Perdona, pero tengo que preguntártelo. ¿Es cierto que has estado dentro de la bóveda?

—Eso se rumorea —digo.

—Sí, pero ¿es cierto lo que se rumorea? —insiste Clement.

Al otro lado de la ventana, el sol surca el cielo con extrema lentitud. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué estoy haciendo?

—Preferiría no hablar de eso.

—¿Vas a ir esta noche? —me pregunta.

Sé lo que ocurrirá esta noche. No tengo interés en asistir.

—Puede —digo—. Quizá esté ocupado.

—Haciendo ¿qué?

El muchacho es un poco entrometido. Imaginaba que no tendríamos más que una breve conversación cordial, pero ahora me veo obligado a prestarle atención, a responderle. Me sonrío en actitud amigable, sociable. Debería corresponderle.

—Yo voy a ir con mi familia —dice Clement—. ¿Por qué no te vienes con nosotros? Te mando mi número a tu teléfono. Toda Rosalera estará allí.

Eso es lo que más me molesta, pero no le digo nada. Acepto su número y le paso el mío a su implante telefónico por mera cortesía, pero no me comprometo.

Antes de que termine la jornada laboral, recibo otras cuatro invitaciones a la Apertura. Las declino casi todas, pero a Bola no puedo decirle que no.

—Mi marido ha alquilado un piso para pasar la velada, con una buena vista —dice, a la vez que me tiende un papel con la dirección. Con su mirada de desdén me recuerda que, si yo también llevara el correspondiente implante, no haría falta seguir matando árboles—. Ven sin comer. Cocinaré yo.

Para las seis en punto ya se ha ido el último cliente y todos estamos tecleando en nuestros terminales, registrando los intentos de intrusión y cotejando datos para ver si alguien ha logrado acceder, demasiado cansados para bromear. Nunca recibimos comentarios sobre los informes de incidentes. No se realizan análisis de patrones ni gráficas de tendencias. La información cae en el agujero negro de la burocracia. Empieza a oscurecer y todos estamos dentro de nuestra cabeza, aunque seguimos conectados a la xenosfera de forma pasiva. Se oye una música ligera de fondo (*Blue Alien*, de Jos). No me desagrada, pero prefiero otros estilos mucho más antiguos. Percibo vagamente que se está jugando una partida de ajedrez, pero no me importa entre quiénes. Yo no juego, por lo que no presto atención.

—Hola, Grifo —dice alguien.

Me concentro, pero ya no está. Una mujer, sin lugar a dudas. Me formo la impresión leve de una flor que se abre, de algo azul, pero nada más. Estoy demasiado cansado o soy demasiado perezoso para investigarla, por lo que sigo escribiendo y rellenando la hoja electrónica de presencia.

Tomo el ascensor que lleva a la planta baja. Conozco pocas zonas del banco. Los contratistas tenemos acceso al ascensor exprés. Está sin señalizar y lo controla un guardia de seguridad, que puede vigilarnos, aunque nosotros no lo veamos a él ni veamos tampoco la cámara. Parece magia. El ascensor es una caja de madera de aspecto elegante. Carece de botones y no es recomendable mantener conversaciones confidenciales en su interior. Esta vez, cuando salgo, el operador me dice:

—Feliz Apertura. —Asiento, sin saber muy bien cómo responderle.

El vestíbulo está vacío, en penumbra. Las columnas se yerguen inertes como cadáveres victorianos colocados para una foto. Los empleados suelen seguir aquí cuando me marchó a casa, pero imagino que se les ha autorizado a salir antes para la Apertura.

Ya es noche cerrada. El resplandor azul de la bóveda es omnipresente, aunque no lo bastante intenso como para que permita leer. Los edificios cercanos me impiden verla con claridad, pero la luz enmarca las construcciones que se alzan a mi izquierda a modo

de sol naciente y se refleja en las de mi derecha. Esta es la razón por la que en Rosalera no hay farolas. Me encamino hacia la estación de Alaba, el andén dextrógiro, para bordear la bóveda. Las calles están desiertas salvo por la agente de policía que las patrulla dándole vueltas a la porra. Al ver que llevo traje, no se molesta en abordarme. Un mosquito pasa zumbando junto mi oído, pero no parece interesado en probar mi sangre. Cuando llego a la explanada, observo sendas manchas de sudor en torno a mis axilas. Hace una noche cálida. Envío un mensaje de texto a mi casa para que configure la temperatura a un grado menos que la del exterior.

Los trabajadores del distrito comercial atestan la estación de Alaba, de tal modo que las colas serpentean hasta la calle, pero en su mayoría se dirigen por la línea levógiro a la estación de Kehinde, la más cercana a la Apertura. Titubeo por un segundo antes de comprar el billete. Tengo pensado ir a casa y cambiarme, pero me pregunto si me costará reunirme con Bola y su marido. Experimento una conexión fugaz e involuntaria con la xenosfera y la oleada de rabia abrasadora y corrosiva procedente de un marido cornudo me atraviesa el cuerpo. Me desconecto y respiro hondo.

Me voy a casa. Aunque ocupo un asiento con ventanilla y puedo ver la bóveda, no la miro. Cuando reparo en la luz que se refleja en los rostros de los pasajeros, cierro los ojos, aunque eso no acaba con el olor sazonado del acarayé ni con el rumor de sus conversaciones triviales. Existe la creencia de que todos los habitantes de Rosalera sueñan con la bóveda por lo menos una vez cada noche, aunque solo sea por un instante. Yo sé que no es cierto porque nunca he soñado con ese lugar.

Que haya encontrado asiento en este tren demuestra el poder de congregación de la Apertura. Por lo general, los vagones van llenos a rebosar, y uno se asfixia en ellos, no a causa de los radiadores, sino del calor corporal, del cúmulo de alientos y de la desesperación.

Me apeo en Atewo tras un retraso de veinticinco minutos debido a un apagón del Ganglio Norte. Miro a mi alrededor en busca de Yaro, pero no lo veo por ninguna parte. Yaro es un amigable perro callejero que a veces me sigue hasta casa y al que suelo alimentar con sobras. Camino desde la estación hasta el edificio don-

de residuo, un trayecto de diez minutos. Cuando vuelve a haber cobertura, recibo cuatro mensajes en el teléfono. Tres de ellos informan de sendos trabajos. El cuarto es de mi jefa más exigente.

LLÁMAME AHORA. Y HAZTE UN NUEVO IMPLANTE TELEFÓNICO. ESTO ES PREHISTÓRICO.

No la llamo. Puede esperar.

Vivo en un piso semiautomatizado de dos dormitorios. Con los dos empleos que tengo, podría permitirme una vivienda mejor, dotada de inteligencia artificial completamente humanizada, si quisiera. Dispongo de los fondos necesarios, pero no me apetece. Me desvisto, dejando caer la ropa en cualquier parte, y selecciono algo informal. Miro la funda de mi pistola, indeciso. No me gustan las armas. Cruzo el cuarto en dirección a la caja fuerte de la pared, que aparece en respuesta a las señales de mi implante identificativo. La abro y considero la idea de llevarme la pistola. Hay dos cargadores al lado, junto con una máscara de bronce y un cilindro transparente. El fluido contenido en el cilindro permanece en reposo. Lo cojo y lo agito, pero el líquido es demasiado viscoso y apenas se desplaza. Lo dejo donde estaba y descarto la idea de ir armado.

Me doy una ducha rápida y salgo hacia la Apertura.

¿Cómo describir la Apertura?

Es la formación de un poro en la biobóveda. Rosalera es una ciudad con forma de rosquilla que circunda la bóveda. De hecho, al principio, la llamábamos La Rosquilla. Yo estaba allí. Vi cómo pasó de ser un asentamiento fronterizo, compuesto de tiendas de campaña donde los enfermos se apiñaban para darse calor entre sí, a convertirse en un barrio de chabolas al que la gente llegaba cargada de esperanza, tras lo cual terminó por transformarse en una ciudad propiamente dicha. En sus once años de existencia, la bóveda no le ha permitido el acceso a nadie de fuera. Yo fui el último que cruzó el umbral y nadie volverá a hacerlo. Rosalera, sin embargo, surgió al mismo tiempo, y desde entonces no ha parado de crecer.

Todos los años, no obstante, la biobóveda se abre durante veinte o treinta minutos por el lado sur, en la zona de Kehinde. Todo

el que se encuentra en las inmediaciones de la abertura se cura de sus dolencias físicas y, en algunos casos, también de las mentales. Asimismo, es bien sabido, y así está documentado, que los resultados no siempre son buenos, aunque las enfermedades desaparezcan. Algunas curas salen mal, como si se basaran en moldes deformados. Nadie sabe a qué se debe esto, pero también hay quien llega a autolesionarse solo para someterse a una operación de «cirugía reparadora».

Los trenes quedan descartados a esta hora, esta noche. Tomo un taxi, que al principio me lleva en la dirección opuesta para después describir un amplio arco hacia el sur e iniciar una ruta tortuosa por las carreteras secundarias y a la contra del tráfico. Esto funciona hasta que deja de funcionar. Demasiados coches, motos y bicicletas, demasiados peatones, demasiados artistas callejeros, predicadores y foráneos. Pago al taxista y continúo a pie hasta la dirección temporal de Bola. Este trayecto es fácil porque corre perpendicular a la aglomeración de peregrinos.

En la calle Oshodi, más alejada de la biobóveda, la muchedumbre ya no es tan densa como para entorpecerme el paso. El número 51 es un edificio alto y estrecho de cuatro plantas. La primera puerta permanece abierta por medio de una caja de cervezas de madera vacía. Accedo a un pasillo que lleva a dos pisos y a un ascensor. Al llegar a la planta superior, llamo y Bola me invita a entrar.

Hay algo que me asalta de inmediato: la comida recién hecha desprende un olor y un calor que me hacen salivar al instante y con los que el estómago ruge de hambre. Bola me tiende unos prismáticos y me hace pasar al salón. Ella lleva unos anteojos parecidos colgados del cuello mediante una correa. Viste una camisa con los botones inferiores desabrochados para dejar asomar su desnuda barriga de embarazada. Un niño y una niña, de ocho o nueve años, corretean por el piso, frenéticos, alborozados, felices.

—Espera —dice Bola. Me hace pararme en medio de la habitación y regresa con un plato de plástico lleno de acarayé, *dodo* y *dundu*, la deliciosa tríada de comida callejera que combina judías, banano y ñame, todo frito. Me toma de la mano libre para llevarme a la terraza, donde hay cuatro tumbonas orientadas hacia la

bóveda. Su marido, Dele, descansa en una de ellas; la de al lado está desocupada; en la tercera hay una mujer a la que no conozco; y la cuarta está reservada para mí.

Dele Martínez es un hombre corpulento y festivo pero tranquilo. Ya nos hemos juntado muchas otras veces y nos llevamos bien. Bola me presenta a la mujer, Aminat, de la que dice que es su hermana, aunque por el énfasis con el que expresa el parentesco, tal vez se refiera a una vieja amiga que ella considera parte de la familia, y no a una hermana de sangre. Es bastante agradable, sonrío con los ojos, lleva el cabello recogido en un moño y viste unos informales tejanos. Debe de tener la misma edad que yo, o tal vez sea un poco más joven. Bola sabe que estoy soltero y se ha propuesto encontrarme pareja. Esta situación no me gusta porque... en fin, cuando te buscan a tu media naranja, suelen presentarte a gente que creen que se parece a ti. Sus elecciones no son sino el reflejo del modo en que te ven. Si a mí nunca me agradan las chicas que Bola me presenta, ¿significa que no me conoce lo suficiente, o que sí que me conoce pero que me odio a mí mismo?

Me siento y empiezo a comer para no tener que hablar. Recorro a los prismáticos para no mirar a nadie a los ojos.

La multitud está congregada en la plaza de Sanni (por lo general, un espacio amplio rodeado de tiendas cuyo principal objetivo es aprovecharse de quienes vienen a la ciudad de visita, y de cafeterías cuya clientela se compone sobre todo de ancianos cansados y de comerciales), tras la cual acecha la calle Oshodi. Estalla un artilugio pirotécnico, antes de tiempo, por error. La gente suele dejar las celebraciones para después. La calle Oshodi es un buen lugar. Está alumbrada por la bóveda, un resplandor eléctrico y azulado de textura cremosa que nos baña a todos. El escudo no resulta deslumbrante, y de cerca se puede apreciar un líquido que fluye y refluye justo por debajo de la superficie.

Los prismáticos son de alta gama, dotados de visión por infrarrojos y de una suerte de funcionalidad opcional que, a través de un implante, muestra los detalles referentes a aquella persona en la que uno se fije, un cuadro informativo que se desplaza por medio de un puntero laser, y otros datos adicionales que se descargan vía

satélite. Es un poco como entrar en la xenosfera; lo apago porque siento como si estuviera trabajando.

Se oye una música transportada por el aire de la noche, pero la encuentro desagradable y cacofónica porque la tocan las facciones religiosas enfrentadas, gente que quiere llamar la atención y los turistas de la bóveda. No son más que canturreos acompañados de percusión.

Según mis cálculos, hay miles de personas, de todos los colores y procedencias: nigerianos negros, árabes, japoneses, pakistanés, persas, europeos blancos y un revoltijo de otras etnias. Todos albergan la esperanza de ser curados y de experimentar algún cambio específico. Cantan y rezan para facilitar la Apertura. Como siempre, la bóveda permanece ajena tanto a sus reverencias como a sus sacrilegios.

Algunos, cuyos rostros reflejan un arrobamiento religioso, son incapaces de articular palabra, mientras que otros se deshacen en gritos incesantes y sostenidos. Un imán se ha colgado de un tejado por medio de un arnés de aspecto casero y reza sirviéndose de un megáfono. Su voz se pierde en el alboroto, que engulle los mensajes y sus matices para regurgitar un rugido homogéneo. Se producen algunas peleas, pero enseguida son sofocadas porque nadie sabe si hay que portarse «bien» para ganarse la bendición de la bio-bóveda.

Una barricada impide el acceso a la bóveda, frente a la cual hay un cordón de policías armados. Los primeros civiles están a cien metros de distancia, contenidos por un puntal invisible. Los agentes tienen aspecto de estar listos para tirar a matar. Es algo que ya han hecho con anterioridad; el último incidente tuvo lugar tres años atrás, cuando la multitud formó un tumulto sin precedentes. Hubo diecisiete muertos, aunque las víctimas resucitaron durante la Apertura de aquel año. Fueron... eliminadas al cabo de dos semanas porque saltaba a la vista que ya no eran las mismas personas de antes. Suele ocurrir. El alienígena puede recomponer el cuerpo, pero no el alma, algo que Anthony me dijo en el 55, hace once años.

El calor picante del acarayé me provoca un ataque de tos que me hace elevar la vista por un momento hacia el cielo, donde veo

una luna menguante que lucha con denuedo para destacar tras la contaminación lumínica.

Veo a la prensa, que lo filma todo, y a los corresponsales, que hablan con un micrófono ante sí. Aquí y allá hay científicos laicos equipados con escáneres orientados a modo de dedos hacia la bóveda. Escépticos, creyentes acérrimos, indecisos, todos representados, todos atareados. Aparte de la documentación clasificada sobre los sensibles y la xenosfera, la mayoría de la información referente a la bóveda es de dominio público, pero es increíble cómo difieren en sus opiniones la prensa extraoficial y los que promueven las teorías conspirativas. Por ejemplo, un amplio segmento de la población que lee las noticias cree que el alienígena es cien por cien terrestre, el resultado de los experimentos humanos en el ámbito de la biología. Existen «evidencias» de esto en Nimbus, por supuesto. Hay científicos que no creen, pero después se pasan la vida realizando estudios y cotejando datos, negándose a llegar a ninguna conclusión. Hay quienes creen que la bóveda es producto de la magia. Mejor no hablar de los rebaños de pseudorreligiosos.

Noto que alguien me toca con delicadeza en el hombro izquierdo y aparto los prismáticos. Aminat me está mirando. Bola y su marido se han alejado lo bastante como para no poder oírnos.

—¿Qué ves? —me pregunta. Sonríe como si participara en alguna broma, pero sin saber muy bien si esta es a mi costa o no.

—Gente desesperada por curarse —digo—. ¿Qué ves tú?

—Pobreza —responde Aminat—. Pobreza espiritual.

—¿A qué te refieres?

—A nada en concreto. Tal vez la humanidad se merezca estar enferma de vez en cuando. Tal vez haya que extraer alguna lección de nuestros padecimientos.

—¿Tienes algo en contra del alienígena, políticamente hablando?

—No, qué va. No me interesa la política. Pero procuro analizar las cosas desde todas las perspectivas posibles. ¿Te molesta?

Meneo la cabeza. No quiero estar aquí, y si Bola no me hubiera invitado, estaría en casa, comprobando mis niveles de colesterol. Aminat me intriga, pero no lo suficiente como para querer introducirme en sus pensamientos. Intenta entablar una conversación,

pero a mí no me gusta hablar sobre la bóveda. Entonces ¿por qué vivo en Rosalera? Debería mudarme a Lagos, a Abuya o a Accra, a cualquier parte con tal de no seguir aquí.

—Yo tampoco quiero estar aquí —confiesa Aminat.

Me pregunto por un instante si me habrá leído el pensamiento, si Bola pretenderá emparejarnos porque también ella es una sensible. Me fastidiaría bastante.

—Limitémonos a seguir el juego para tener contenta a Bola. Podemos intercambiar los números al final de la velada y después no llamarnos nunca. Mañana, cuando me pregunte, le diré que me pareciste interesante y atento, pero que no hubo química. ¿Y tú le dirás...?

—Que disfruté de la velada, y que me gustas, pero que no terminamos de conectar.

—También le dirás que mis zapatos te encantaron y que mis pechos te parecieron espectaculares.

—Em... Muy bien.

—Vale. De acuerdo, entonces. Estrechemos la mano.

No puedo dársela porque la tengo aceitosa por culpa del acarayé, pero juntamos los dorsos de las manos, cómplices. Le sonrío sin darme cuenta.

Suena un cuerno y vemos una mancha tenue en la bóveda, la primera señal. La mancha negruzca se transforma en un parche. Debería haber contemplado este fenómeno en más ocasiones. Lo presencié las primeras veces, pero después de cinco años dejó de interesarme.

El parche es más o menos circular y tiene un diámetro de unos dos metros. Negro como la noche, como el carbón, como la brea. Recuerda a esos lunares que aparecen en la superficie del sol. Esta es la parte aburrida. Pasará media hora hasta que se produzca la primera curación. Ahora mismo, todo es invisible. Los microbios se dispersan por el aire. Los científicos trabajan con todo su afán. Toman muestras e intentarán obtener cultivos mediante un agar-agar sanguíneo. En vano. Los xenofórmos no se desarrollan en medios artificiales.

En la terraza todos salvo yo respiran hondo, en un intento de introducir en los pulmones tantos microbios como puedan. Ami-

nat aparta la vista de la bóveda, gira el cuerpo y me besa en los labios. El beso dura unos segundos y los demás no se dan cuenta, embelesados como están por el parche. Instantes después ya no estoy seguro de que haya ocurrido siquiera. No sé muy bien qué pensar. Aunque puedo leer la mente de las personas, sigo sin entender a las mujeres. Ni a los hombres. A los humanos. No entiendo a los humanos.

Abajo empiezan a oírse los primeros clamores arrebatados. Es imposible determinar ni saber qué dolencias son aliviadas primero. Si no se padece una deformidad ni hay síntomas evidentes, como la ictericia, la palidez o huesos rotos, no se produce ningún cambio visible más allá del estado anímico de la persona curada. Los peregrinos más jóvenes de las primeras filas están ya dando volteretas y llorando agradecidos.

Un hombre al que han traído en camilla se levanta. Al principio, se tambalea un poco, pero enseguida comienza a andar con paso seguro. Incluso desde la distancia puedo ver que tiene los ojos muy abiertos y desbocados, y la rapidez con que aletean sus labios. Los recién llegados lo observan todo con incredulidad.

El fenómeno prosigue a base de ráfagas y, en ocasiones, de oleadas que se propagan entre la multitud. Todo es sanado, tanto los daños más superficiales como los más graves.

El parche empieza a contraerse. Al principio, los científicos y yo somos los únicos que nos damos cuenta. Ahora trabajan con más nerviosismo. Uno de ellos les grita a los demás, pero no sé por qué.

Oigo una risita a mi lado. Aminat ríe con regocijo, las manos sostenidas a un centímetro de su rostro y ambas mejillas húmedas. Sorbe por la nariz. Entonces caigo en que quizá ella haya venido también para curarse.

Justo en ese momento recibo un mensaje de texto. Me miro la palma de la mano para leerlo por medio del polímero subcutáneo flexible. Otra vez mi jefa.

LLÁMAME AHORA MISMO, KAARO. NO ESTOY DE BROMA.

Capítulo 2

Rosalera: 2066

Ahora

Es plena noche cuando llego a Ubar. Me apeo del último tren y me dirijo hacia el coche que hay esperándome. Ubar es una zona ubicada entre el Ganglio Norte y el tramo más ancho del río Yemayá. Circulamos junto a la orilla hasta que viramos hacia una sucesión de carreteras desiertas que serpentean entre unos edificios negruzcos. El conductor se detiene frente a una imponente verja de hierro y espera a que yo me baje antes de reanudar la marcha.

Entro en unas instalaciones que pertenecen al Ministerio de Agricultura. Desde fuera parece un simple edificio de dos plantas con un letrero corriente que incorpora un blasón de Nigeria cubierto de polvo. Dentro hay una recepción y un despacho diáfano. De una pared cuelgan varias fotografías enmarcadas del presidente, y de otra, las del alcalde de Rosalera, Jack Jacques. Todo es muy mundano. Se me permite pasar por las distintas secciones sin demora mientras el identificador de radiofrecuencia de mi implante queda registrado de forma indeleble.

Voy derecho hacia el ascensor que baja a las plantas subterráneas. Estas son las que utiliza y controla la Sección Cuarenta y Cinco, o S45. Muy poca gente ha oído hablar de este departamento oculto del Gobierno. Yo sé de su existencia solo porque trabajo en él. Antes de que me incorporara no era más que un buscador y un ladrón.

Una parte del trabajo que hago en la S45 consiste en interrogar a la gente. Odio los interrogatorios.

Son las tres en punto y estamos en una sala de reuniones penumbrosa. Hay dos agentes vestidos con trajes negros que flanquean al prisionero, el cual está desnudo y atado a una silla. Lleva una venda en los ojos. Los agentes no hablan y yo no sé qué información necesitan. No me molesto en intentar leerlos porque la organización no los habría enviado si supieran algo. Esto forma parte de la técnica que los burócratas creen que se debe aplicar para mantener la mente del sujeto libre de expectativas. Lo que quieren es que yo copie toda la información que el sujeto alberga en la cabeza, como quien hace una copia de seguridad de un disco duro. Es una idea absurda e irrealizable, pero pese a todos los informes que he redactado para los gerifaltes, estos se empeñan en que sea así como se lleven a cabo los interrogatorios. Yo sigo haciéndolo a mi manera.

Los datos no entran y salen del cerebro humano como si de una grabación se tratara.

El hombre que hay ante mí es negro, no tiene magulladuras, respira entrecortadamente y está bien musculado. De vez en cuando dice «por favor» en kanurí o en hausa. En ocasiones lo intenta en ibo y en yoruba, pero dudo que hable alguno de esos idiomas con fluidez. Estoy incómodo y me mantengo a medio metro de él. Accedo a la xenosfera. Enseguida compruebo que no es un sensible. Su autoimagen es la del hombre de la silla. Bien, así no tendré que pasar aquí toda la noche.

La cabeza de este hombre está llena de violencia. Veo a dos hombres que golpean a otro en lo que parece un patio trasero. Alternan patadas y puñetazos mientras la víctima intenta levantarse, protegiéndose lo mejor que puede con los antebrazos. La víctima está magullada y sucia, y sangra por la boca y por la nariz. No se la ve atemorizada. Si acaso, parece burlarse de sus castigadores. Los atacantes visten de uniforme, son de tez oscura y llevan boinas y gafas de sol que les confieren un aspecto idéntico. No parecen policías ni soldados nigerianos, al menos por el uniforme. Al fijarme, observo que utilizan prendas caseras, como las de las milicias. No tienen fundas para las armas, pero uno de ellos porta una pistola sujeta al cinturón.

Otra cosa que me llama la atención: no huelo el patio ni percibo el sabor del polvo que levantan entre los tres. Tampoco tengo

en la boca el regusto de la sangre que debería notar la víctima, ni noto en los nudillos el dolor de los golpes que deberían sentir los castigadores. En vez de eso, la escena se asocia con el sabor de comida y bebida, en concreto el del *kuli-kuli* y el de la cerveza. Además, sigo oyendo fragmentos de una melodía tocada con un teclado barato.

Salgo de la xenosfera por un momento y examino al prisionero. Me coloco tras él y me fijo en sus manos atadas. Tiene los nudillos parduzcos, encallecidos. Es el resultado de hacer flexiones con las manos cerradas y de dar puñetazos contra una superficie dura, como una pared o un muñeco de madera, a fin de insensibilizar la zona y así poder pelear mejor. Lo sé porque yo mismo lo he hecho. Ninguno de los hombres que conforman el recuerdo del prisionero parecía ducho en el combate cuerpo a cuerpo. No es uno de ellos.

¿Ordenó él la paliza? ¿Desde dónde la presencié?

Entonces lo entiendo.

—Ah, un cabrón muy listo —digo.

Vuelvo a entrar en la xenosfera. El «recuerdo» es una farsa. El prisionero vio el altercado en una película, en modo de repetición, tal vez mientras comía y bebía. Debió de elegir un largometraje menor de Nollywood, lo que explicaría la música chabacana y las penosas decisiones de producción. No es un sensible, pero sabe que existimos y que podrían llevarlo ante uno durante el arresto. De lo cual infiero que tiene algo que ocultar. Tanteo los filos del recuerdo, que es como intentar despegar el sello adhesivo de un paquete. Necesito algo a lo que asirme. No me guío por lo que veo ni por lo que oigo, sino por los demás sentidos: el tacto, el olfato y el gusto.

—Hola, Grifo.

Es la misma mujer que sentí antes, cuando estaba en el banco, curiosa, efímera. La interrupción me desconcentra y veo la paliza repitiéndose una y otra vez. Busco una autoimagen asociada pero lo único que encuentro es el ruido que inunda la xenosfera. Medicaciones aleatorias. Inútiles. Me molesta, pero gracias a mi formación, concentro mi voluntad en el asunto que me ocupa.

La sensación asociada a la paliza es la de una presión leve en las nalgas, y de comida, lo que me indica que estaba sentado en un